

EL REY, EL SABIO Y EL BUFÓN

El gran torneo de las religiones

Keshavjee, Safique

Capítulo I

En un país lejano

En un país lejano vivía un pueblo apacible. Las oleadas sucias y agitadas de los problemas del mundo rara vez alcanzaban sus hermosas playas cálidas y maternales. Aislados de todo, y orgullosos de estarlo, sus habitantes consagraban su tiempo al trabajo y a la familia, a los esparcimientos y a los amigos.

Pero desde hacía algún tiempo algo indefinible había cambiado. Las flores ya no tenían el mismo perfume y la miel había perdido su dulzura. Los niños seguían jugando en las calles soleadas, pero sus risas ya no tenían la misma espontaneidad. La atmósfera se había vuelto pesada, como habitada por el fragor sordo que anuncia una gran tempestad.

En ese país vivía un Rey. Apreciado por todos, estaba orgulloso de sus obras. Cada mañana, desde el gran balcón de palacio, contemplaba su reino. Y entonces le embargaba una profunda satisfacción. Contrariamente a muchos dirigentes de este mundo, más preocupados por la salvaguardia de sus privilegios que por servir a su pueblo, el Rey estaba dotado de una extrema sensibilidad. Las menores fluctuaciones de sus súbditos lo hacían vibrar. Y él mismo sentía de manera confusa la insatisfacción que gangrenaba sus relaciones, hasta las raíces, pero no percibía sus causas.

Entre todas las cualidades del Rey, la más importante era su capacidad para reconocer sus propios límites. En todas las circunstancias espinosas, no dudaba en consultar a quien todos llamaban el Sabio, un personaje ponderado, cuyos consejos eran de oro. Como el rey era suficientemente perspicaz para reconocer los límites de la sabiduría, le gustaba preguntar también a aquel que llamaba con afecto el Bufón. Admirado por el pueblo por su imprevisibilidad y temido por su cinismo, este personaje de color subido iba siempre vestido de negro.

La historia que se os cuenta, pues, relata con precisión las asombrosas aventuras del Rey, el Sabio y el Bufón. En cuanto a los acontecimientos que nos conciernen en este relato, empezaron en el mes de mayo, en una trivial noche de luna llena...

El Bufón

El Bufón había vuelto fatigado a su casa. Y con el estómago vacío. Su humor era aún más negro que sus vestimentas. Su filosofía de la vida era simple. Sin cansarse, la repetía a todos aquellos que quisieran escucharlo. Se resumía en tres palabras: comer, dormir y pasear.

Y esa noche había comido muy mal. Aunque había estado en uno de los restaurantes más reputados del país.

-¡Qué lento ese restaurador! -gruñó.

Pero una sonrisita maliciosa se dibujó en su rostro al recordar su respuesta.

-¿Cómo encontró mi carne? -le preguntó gozoso el chef, anticipando el inevitable cumplido.

-Oh, totalmente por casualidad, al mover unos guisantes... -respondió con displicencia el Bufón.

Al igual que los platos de algunos grandes cocineros, las ocurrencias no alimentan a un hombre. Todavía tenía hambre.

Al Bufón no le gustaba su país. Percibía la quietud del pueblo como un somnífero que anesthesiaba disimuladamente sus potencialidades. Para marcar su desaprobación, le gustaba pasearse en las horas punta siguiendo a Eloísa, su tortuga. Iba entonces al cruce más importante de la ciudad, y a veces tardaba más de veinte minutos en cruzar, en medio de un concierto de bocinas. «Siempre están en movimiento -gritaba el Bufón-, mientras que nadie cambia. Van a todas partes pero nadie sabe adónde va. Circulan cada vez más rápido, mientras ninguno progresa. Mi Eloísa, al lado de ustedes, es Carl Lewis en persona.» A pesar de los gritos de indignación y del furor de los conductores, el Bufón se tomaba todo el tiempo que necesitaba para seguir a Eloísa hasta la acera de enfrente. Y, tranquilamente, meditaba sobre el valor de la lentitud en un mundo demasiado agitado.

Desde hacía varios años, y mucho antes que los otros, el Bufón había sentido que se preparaba la tempestad. Sus gracias sólo tenían el objetivo de advertir. Pero ¿de qué? Él mismo casi no lo sabía. Y sin embargo sentía que la explosión se acercaba.

Se acostó de mal humor. Y se preparó para una noche penosa...

El Sabio

El Sabio era un hombre notable. En su juventud había pasado por numerosas dificultades. A pesar de ellas, o tal vez gracias a ellas, había logrado desplegar una personalidad rica y ágil que le permitía afrontar todas las situaciones de la vida, aun las más complejas. Después de sus estudios de filosofía y física, brillantemente realizados, se presentó para un puesto de profesor de la Universidad. Por razones totalmente oscuras, eligieron a otro candidato.

«Una puerta se cierra, otra se abrirá», se decía con una confianza que lo sorprendía a él mismo. Había aprendido a distinguir la tenacidad de la obstinación: saber insistir y perseverar en el momento adecuado, también saber retirarse y renunciar cuando es necesario. «La sabiduría -se repetía-, es dejar crecer lo, que nace, saborear lo que está maduro y prescindir de lo que está muerto.»

Su arte de vivir se vio recompensado. En efecto, el Sabio accedió a las más altas responsabilidades en el país y se convirtió en consejero del Rey. Las circunstancias de esta promoción, que por otra parte provocó muchos celos, son secundarias en la historia que nos interesa. Pero es necesario saber que el Rey había apreciado en la persona y en los escritos del Sabio su apertura a todas las búsquedas y a todos los conocimientos. Todo le fascinaba. Su maravillamiento era comunicativo, y el Rey apreciaba esta cualidad con satisfacción.

Después de una larga jornada de trabajo, el Sabio había regresado a su casa. Saboreó su cena, jugó con sus hijos y le gustó escuchar a su mujer que le contaba los acontecimientos menores del día. Luego se dirigió hacia su biblioteca y eligió una obra de Nietzsche que no había vuelto a leer desde hacía años. Se acostó y, después de leer unas páginas, se durmió en paz...

El Rey

En cuanto al Rey, ya sabemos que era apreciado por sus súbditos y que tenía una sensibilidad delicada. Pero lo que ignoramos es que le gustaba mucho el deporte. Nada hay

de original en eso. A no ser que, siendo Rey, a veces su amor desmesurado por las competiciones le jugaba una mala pasada. El pueblo recordaba la cólera del presidente de un país vecino que, durante dos largas horas, debió esperar en el aeropuerto que el Soberano fuera a recibirlo. Todo porque un partido de tenis había sido interminable y la resolución... apasionadamente imprecisa.

El Rey estaba orgulloso de su país. Si no hubiera sido por esa extraña morosidad que había empezado a insinuarse en todas partes y en todos los niveles, hubiera podido vanagloriarse legítimamente de sus logros. En el país todavía había poco paro. Es verdad que políticamente la monarquía podía parecer anacrónica. Sin embargo, como los poderes del Rey estaban limitados y el pueblo se desplazaba cada vez menos para votar, nadie parecía querer cuestionar un sistema ya probado. En cuanto a la cultura, había algunos creadores de genio, pero, como eran poco comprendidos por el pueblo, no molestaban a nadie. Finalmente, y sobre todo, estaba el deporte, que sirve por excelencia para canalizar las energías y la potencial agresividad; era el principal elemento de cohesión del país. Las grandes ideologías de izquierda o de derecha, de los verdes o los rojos, ya no fascinaban a nadie. En un mundo cada vez más interconectado y al mismo tiempo más y más individualista, a cada cual le correspondía crear su propia visión del mundo.

Desde hacía numerosos años, muchas iglesias habían tenido que cerrar. ¿Por qué? .Simplemente porque ya nadie tenía energía para levantarse el domingo por la mañana. ¿Para qué encontrarse con personas apagadas en un lugar poco confortable y para qué sufrir una oleada de palabras tan incomprensibles como enojosas?. Más valía quedarse en casa o ir a divertirse a otra parte. Muchos lugares de culto se habían transformado en museos y aun en piscinas.

Por el contrario, habían prosperado astrólogos, numerólogos, nigromantes y adivinos de todo tipo. Como sus mensajes eran siempre reconfortantes -en efecto, ¿quién derrocharía sumas importantes para que lo trastornaran?-, y no implicaban ninguna transformación profunda de la vida, tenían un éxito seguro. El mismo Rey los había consultado a menudo. Al comienzo, se había sentido enriquecido por la connivencia misteriosa que lo unía con los planetas, los números y los espíritus del más allá; luego, poco a poco, la simpleza de sus discursos le hicieron tomar alguna distancia. Pero era feliz de que su pueblo gozase de ese consuelo y, sobre todo, de que no le costara un céntimo al Estado. En el pasado, las Iglesias habían sido mucho más caras.

Esa noche, como de costumbre, el Rey se acostó, contento consigo mismo...

El sueño

En un cielo despejado, la luna iluminaba el reino con una suave luz.

A diferencia del Bufón, el Rey se había dormido sin dificultad. También el Sabio descansaba apaciblemente. De pronto, en un silencio sutil, una especie de Presencia discreta se infiltró simultáneamente en el sueño de los tres durmientes.

El Rey soñó con un partido de fútbol. Para su gran sorpresa, los jugadores se inmovilizaron. Todos levantaron los ojos hacia el cielo. El Rey, asombrado, hizo lo mismo. Y allí, claramente, vio que una Mano salía de la nada y se ponía a escribir en letras de fuego palabras que lo sacudieron...

El Sabio se vio transportado a los Grisones, en Suiza, allí donde había vivido Nietzsche. En el momento de entrar en la casa del filósofo en Sils-Maria (*Nietzsche*), vio escribirse en la puerta asombrosas palabras...

En cuanto al Bufón, soñaba con una gigantesca pizza que por fin le iban a servir cuando, de pronto, la Mano garrapateó sobre el mantel letras incomprensibles.

Los tres se despertaron sobresaltados.

Sintiéndose oprimido, el Rey transpiraba y temblaba al mismo tiempo. Tras un momento de reflexión y a pesar de una escrupulosa vacilación, telefoneó al Sabio. Para su gran asombro lo encontró despierto y en absoluto sorprendido de ser molestado en plena noche. El Rey recordó su sueño y le pidió que fuera enseguida a verlo a palacio. Sin hacer preguntas, el Sabio asintió. Percibió la gravedad de la situación. Apenas había tenido tiempo de vestirse cuando, por segunda vez, sonó el teléfono. Esta vez era el Bufón.

-¡Ah! Estás despierto -exclamó, aliviado-. No fue más que un estúpido sueño.

-¿Cómo? ¡Tú también! -¿Por qué yo también?.

-No tengo tiempo de explicártelo. Ve al palacio. El Rey me llama.

Media hora más tarde estaban reunidos en el salón privado del Rey. Muy emocionado, el soberano desveló su sueño. En el momento de darles a conocer lo que había leído en el cielo, debió tomar aliento.

-Entonces vi una mano que escribía: «Como la luna, tu pueblo debe morir». Y estaba firmado «ANY». ¿Qué puede querer decir?, ¿Y quién es este «ANY»?.

Al escuchar ese mensaje, el Sabio se quedó petrificado. Presionado por el Rey para explicar su desasosiego, murmuró:

-Yo también tuve un sueño misterioso. Y esto es lo que pude leer: «Como el pueblo, tu Rey debe morir». Y estaba firmado «AYN».

-«ANY»...

-No, «AYN», estoy seguro. Y había un post-scriptum: «Buscad la aguja y viviréis».

El Rey estaba abatido.

-¿Yo, morir? -suspiró con angustia.

-No sólo el pueblo y vos, sino también el Sabio y yo -continuó el Bufón-. En mi estúpido sueño, vi una mano escribir: «Como el Rey y el Sabio, debes morir». Y estaba firmado «DIOS». Si al menos el farsante me hubiera dado tiempo para comerme mi pizza...

La perturbación

Es inútil decir que nuestros tres héroes esa noche no volvieron a acostarse. Mil preguntas brotaban de sus cabezas conmovidas. La simultaneidad de los tres mensajes no podía ser fruto del azar. ¿Por qué ese anuncio brutal de una muerte? ¿Por qué «como la luna»? ¿Quién era ese misterioso «ANY» o «AYN»? ¿Y qué tenía que ver «DIOS» en todo eso?.

Al alba, el primer reflejo del Rey fue reunir a sus astrólogos y adivinos. Pero ninguno de ellos pudo aclarárselo. El Bufón parecía persuadido de que todo no era más que una coincidencia absurda; sin embargo, en el fondo, algo le murmuraba lo contrario.

El Sabio repasaba sin cesar el sueño. Los Grisones, la casa de Nietzsche, esas palabras sobre la puerta... Se acordó entonces de Mircea Eliade, a quien había leído en su juventud. «*Todo está firmado* -había escrito en esencia el filósofo de las religiones rumano-. *Todo es hierofanía, manifestación de lo Sagrado. Pero es necesario saber mirar...* » Al no ser muy creyente, el Sabio no había profundizado en esa enseñanza. Pero, en ese momento de búsqueda, esas palabras empezaron a despertarse en él. Tuvo entonces la intuición de releer la página de Nietzsche sobre la que se había dormido la víspera. Después de ir a buscar el libro, la leyó al Rey y al Bufón:

-«¿No oyeron hablar de ese hombre insensato que, habiendo encendido una linterna en pleno mediodía, corría por la plaza del mercado gritando sin cesar: "¡Busco a Dios!, ¡Busco a Dios!"? Y como allí se encontraban reunidos muchos de los que no creían en Dios, suscitó gran hilaridad. ¿Lo hemos perdido? -dijo uno. ¿Se extravió como un niño? -dijo otro.

¿O se oculta en alguna parte? [...] El insensato se precipitó en medio de ellos y los atravesó con sus miradas. "¿Dónde está Dios? -exclamó-, voy a decírselo. Nosotros lo hemos matado, ustedes y yo. ¡Todos somos sus asesinos! Pero ¿cómo hemos podido hacer esto? ¿Cómo hemos podido vaciar el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hemos hecho para desencadenar esta tierra de su sol? [...] ¿Nos hemos precipitado en una caída continua? [...] ¿Erramos a través de una nada infinita? ¿No sentimos el aliento del vacío? ¿Ya no hace frío? ¿No es de noche continuamente y no anochece cada vez más? ¿No hay que encender las linternas desde la mañana? ¿Todavía no oímos nada del ruido de los sepultureros que han enterrado a Dios? ¿No olemos nada de la putrefacción divina? ¡Los dioses también se pudren! ¡Dios ha muerto! ¡Dios está muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!"»

Al escuchar esta página, el Rey se estremeció. Tanta fuerza en tan pocas palabras...

-¿Dios ha muerto? -preguntó el Rey.

-No sólo ha muerto, sino que nunca nació -contestó el Bufón-. O más bien, nace en el espíritu de los ignorantes y muere en el de los sabios.

Al escuchar al Bufón, el Sabio rememoró la anécdota siguiente:

-Uno de mis profesores había escrito en su puerta: «Dios ha muerto», firmado «Nietzsche». Maliciosamente, un estudiante agregó: «Nietzsche ha muerto», firmado «Dios».

El Rey, perturbado, señaló la similitud de estilo entre esa gracia y los mensajes que habían recibido.

-La muerte del hombre... ¿estaría unida a la proclamación de la muerte de Dios? Y la superficialidad e insignificancia que se han infiltrado en mi pueblo... ¿estarían relacionadas con la pérdida de un sentido profundo de la vida?

Al escuchar esta andanada de pensamientos metafísicos el Bufón se asustó:

-¡Ah, no! No vais a alimentaros de esas necedades.

Pero el Rey ya no escuchaba. Se había levantado y aproximado a la ventana y observaba su país.

-Les he dado trabajo y entretenimientos, pan y juegos. Pero tal vez lo que le falta a mi pueblo es un Sentido que lo oriente. ¡Mi pueblo necesita una verdadera religión!.

Convocatoria del «Gran Torneo de las religiones»

-¡Cuál? -preguntó el Bufón con aire solapado-. ¿La judía, la cristiana o la musulmana?, ¿La hindú o la budista?, ¿La sintoísta, la taoísta o la confuciana?, ¿O tal vez todas?, ¿O ninguna de ellas?. ¡Ah! Tengo una idea. ¿Por qué no inventamos una nueva?. Oh, Rey, seréis nuestro Dios y yo seré el sumo sacerdote. Todas las ofrendas que recoja las compartiremos.

Digamos hija mitad para vos y la otra para mí. ¿De acuerdo?.

-Cállate, Bufón. No sabes lo que dices.

Pero el Rey estaba perplejo. En efecto, ¿cuál elegir para su pueblo? El Bufón no estaba del todo equivocado.

El Sabio no había esperado que la reunión tomara ese giro.

De pronto, la cara del Rey se iluminó:

-¿Y si invitamos a dignos representantes de todas las religiones para que nos presenten sus creencias?. Entonces podríamos elegir la mejor. El pueblo podría asistir a los debates y dar su opinión. A ti, Sabio, te veo como moderador.

-¿Y yo? -insinuó el Bufón-. ¿Podría participar en ese concurso?. ¡Estoy seguro de ganar la medalla de oro!. Entusiasmado con su proyecto, el Rey no percibió la ironía de la pregunta.

-¡Medallas!. Excelente idea. Ya que nuestro país nunca tuvo el honor de organizar unos Juegos Olímpicos para los dioses del estadio, haremos el primer Gran Torneo de las religiones. ¡Y en él no va a faltar el deporte!.

-Mi Rey, si comprendí bien -preguntó el Sabio-, ¿los «JO» que proponéis son «justas oratorias»?.

-¡Exactamente!

-¿Y a quién invitaréis?

-Buena pregunta -respondió el Rey-. Bien, simplemente al jefe de cada tradición religiosa.

El Sabio sacudió lentamente la cabeza:

-Si invitáis a los más altos dignatarios, existe un peligro muy grande de que el diálogo se desvirtúe. Cada uno correría el riesgo de presentar su tradición callando lo que hay de indigno y problemático en ella.

-Si he comprendido bien al Sabio -dijo el Bufón, no sin cinismo-, es propio de un alto dignatario callar con dignidad lo que es bajamente impropio.

-¿Entonces, qué se puede hacer?.

-Sugiero -continuó el Sabio-, que se solicite de cada tradición una persona relativamente joven, digamos de menos de cuarenta años, que sin embargo la conozca bien, y que sea apto para presentarla de manera abierta y crítica. Las religiones son libres de proponer su campeón.

-¿Cuántos participantes habría? -volvió a preguntar el Bufón-. Si se alinean todas las religiones, todos los nuevos movimientos religiosos y todas las sectas, habrá más personas en la línea de salida que en el público.

-Sugiero entonces, para estas primeras «justas oratorias» -continuó el Sabio-, invitar a cinco grandes tradiciones religiosas: la judía, la cristiana, la musulmana, la hindú y la budista. Nada nos impide otro año invitar a otros participantes.

La proposición agradó al Rey pero no al Bufón.

-Yo también tengo una sugerencia -declaró-. No es justo que en estos «JO» no se exprese un librepensador. Propongo, pues, que se invite a un sexto concursante... y que sea ateo.

El Rey y el Sabio consideraron que, por una vez, la idea no era estúpida.

Ese mismo día se enviaron cartas de convocatoria a los altos responsables de las cinco religiones mencionadas, sin olvidar la destinada a la Unión mundial de librepensadores.

Elección de los candidatos

Todos los que recibieron una carta estaban confusos.

El cardenal católico, en el Consejo pontificio para el diálogo interreligioso, en Roma, se sintió a la vez halagado por haber sido invitado y molesto respecto de sus cofrades ortodoxos y protestantes, que no lo habían sido. Después de consultar con el papa, envió un fax al Consejo ecuménico de las Iglesias en Ginebra y al Patriarcado de Constantinopla.

El secretario general de la Liga mundial musulmana tomó contacto con el rector de la Universidad de al-Azhar en El Cairo. El presidente del Congreso judío mundial tuvo un reflejo similar: consultó con uno de sus buenos conocidos, profesor de la Universidad hebrea de Jerusalén, situada en el monte Scopus.

El Dalai Lama tuvo la sabiduría de enviar una copia de la carta a varios de sus amigos budistas residentes en Sri Lanka, en Tailandia, en Japón y en otros países del sudeste asiático. A través de qué caminos precisos la Federación budista mundial, la Amistad mundial de los

budistas y la Comunidad mundial de monjes budistas fueron puestas al corriente, nadie lo sabe exactamente. Pero les llegó la noticia de la convocatoria.

Aún más oscuro fue el proceso de consulta entre los hindúes. Cuando la orden de Ramakrisna, en Belur Math, cerca de Calcuta, recibió la invitación, varios swamis célebres fueron inmediatamente informados. ¿Cuáles fueron sus debates? Se sigue sin saberlo.

En cuanto al presidente de la Unión mundial de librepensadores, avisó directamente a los miembros de su comité dispersos por los cuatro rincones de la tierra. Una copia de su carta fue enviada a la Unión racionalista y a la International Humanist and Ethical Union fundada por sir Julian Huxley. Inútil decir que la invitación a un «Gran Torneo de las religiones» sacudió a todos los organismos que fueron invitados. Y tal vez más a los que no habían sido invitados pero se habían enterado: ah, la rivalidad es universal...

Tanto a unos como a otros se les planteaban múltiples interrogantes. ¿Quién podía legítimamente hablar en nombre de una religión o del ateísmo?, ¿Qué representante enviar que conociera bien las diferentes orientaciones existentes en el seno de cada visión del mundo y que fuera capaz de presentarlas válidamente a los demás?, ¿Había que boicotear ese Torneo?. Pero ¿si los otros invitados no lo hacían se podía correr el riesgo de no estar presente?.

Durante meses, los debates internos fueron tempestuosos. Entre budistas de theravada, mahayana y vajrayana; entre hindúes sivaítas, visnuitas y saktites; entre musulmanes sunitas y chiítas; entre judíos conservadores; ortodoxos y liberales; entre cristianos católicos, ortodoxos y protestantes. En vano le pidieron al Rey que les permitiera enviar varios delegados. Éste, teniendo en cuenta el parecer del Sabio, insistió en la necesidad de que hubiera un único representante por cada tradición. Argumentó diciendo que ya era suficientemente complejo enfrentar seis puntos de vista diferentes como para complicar aún más la tarea haciendo intervenir a múltiples matices en el seno de cada visión del mundo. Agregó que si una religión no era capaz de estar unida ¿cómo podía unir a su pueblo?

Poco faltó para que el Torneo nunca tuviera lugar. Era no contar con la ayuda de la Providencia, el Destino o el Azar, sorprendentemente orientaron los corazones y los acontecimientos.

Apertura de las justas

El Rey estaba excitado. Después de tantas palabras y vacilaciones, de esperas y tergiversaciones, finalmente «sus» «JO» iban a empezar. Había transcurrido un año desde la noche de sus tres sueños.

-¿Te das cuenta, Bufón? Vamos a inaugurar el primer Gran Torneo de las religiones de toda la historia de la humanidad.

-Tal vez también sea el último -murmuró el hombre de negro-. Se van a desgarrar de tal manera en nombre de sus verdades respectivas que nunca más querrán volver a encontrarse.

Se había recuperado un viejo claustro transformado en sala de espectáculos para acoger el Torneo. En el centro de una gran sala luminosa susurraba una fuente. Se había levantado un estrado que podía acoger al jurado, compuesto por seis personas: tres hombres y tres mujeres elegidos entre el pueblo por su capacidad de discernir. Al lado de ellos estaban el Sabio, gran moderador del Torneo, así como el Bufón. Por encima dominaba el Rey quien de una sola mirada podía ver y... ser visto. Seis lugares estaban reservados a los «campeones». El resto de la sala estaba disponible para el público. Como es debido, cada uno recibió un pequeño dossier con el horario de las justas y una pequeña presentación sintética de las tradiciones religiosas que iban a ser defendidas. Todos los lugares fueron ocupados mucho

antes del comienzo de las festividades. Hubo que improvisar apresuradamente espacios anexos y asegurar una retransmisión audiovisual.

A las catorce horas en punto, la orquesta empezó a tocar el himno compuesto para la ocasión. Todas las personas de la sala se levantaron para saludar al cortejo que inmediatamente iba a hacer su aparición. Hay que señalar que el protocolo había sido objeto de una larga reflexión. Para no herir susceptibilidades, se decidió que el orden alfabético de los nombres de los delegados determinaría su entrada. Pero, sorprendentemente, y aunque la orquesta tocaba desde hacía varios minutos, nadie apareció. Los guardias que aguardaban en el umbral de la puerta de honor se pusieron a murmurar entre ellos. Algo no iba bien. Y de pronto apareció un hombre de paso tímido. Contrariamente a lo anunciado en el programa, no era el jeque Ali ben Ahmed.

Por los altavoces, un locutor dijo con gran teatralidad:

-Por el equipo del cristianismo, el doctor Christian Clément, de Suiza.

Toda la sala aplaudió, pero con reserva. Con paso vacilante, fue a sentarse al lugar que tenía reservado. Inmediatamente lo siguieron los otros competidores.

-Por el equipo del judaísmo, el rabino David Halévy, de Israel... Por el equipo del hinduismo, el swami Krisnananda, de la India... Por el equipo del budismo, el maestro y monje Rahula, de Sri Lanka... Y por el equipo del ateísmo, el profesor Alain Tannier, de Francia.

Al anuncio del defensor del ateísmo, algunas personas silbaron en la sala y alguien gritó con voz atronadora: -¡Fuera los infieles! ¡Los sin Dios no tienen lugar aquí! ¡En nombre de Alá, sáquenle!

Todas las miradas escrutaron el lugar de donde provenían los gritos. Su autor era un hombre barbudo y de tez morena. El Sabio se sintió molesto con esa situación imprevista. Levantándose con determinación, hizo un gesto a los guardias para que se acercaran al aguafiestas. A pesar de su violenta resistencia, fue sacado de la sala. El público estaba como helado. Algunas personas hasta se levantaron y abandonaron ruidosamente el encuentro. Durante todo ese tiempo, Alain Tannier había permanecido calmo, con una ligera sonrisa en los labios. Como si el perturbador se hubiera convertido, a su pesar, en el aliado de las tesis que iba a defender.

Le correspondía al Rey inaugurar esas justas. Emocionado por lo que acababa de pasar, dudó de leer su discurso. Decidido a abreviarlo, proclamó sin la solemnidad para la que tanto se había preparado:

-En nombre de mi pueblo y de todos los hombres de buena voluntad, declaro oficialmente abierto este primer Gran Torneo de las religiones. Acojo con profunda gratitud a los de legados que han aceptado representar sus diferentes tradiciones y medirse con las otras. Con un espíritu deportivo van a defender sus propias perspectivas y a enfrentarse con las de los demás. Que la Verdad y la Sabiduría triunfen en estas justas...

En ese momento, todo el público volvió la cabeza hacia la puerta de entrada de los delegados. En ella había aparecido una joven de una turbadora belleza. Su cuerpo estaba envuelto en una tela sedosa y su rostro denotaba su paz interior. Un pequeño velo ocultaba y revelaba a un tiempo una cabellera ondulante y negra. Con mano discreta sostenía a un hombre de más edad, visiblemente ciego.

-Por el equipo del Islam, el jeque e imán Ali ben Ahmed, de Egipto.

El delegado musulmán, con el amable apoyo de la joven, se dirigió a su lugar. Luego, con tono lento pero pleno de seguridad, dijo:

-Alteza, señor moderador, señoras y señores del jurado, queridos representantes de otras religiones y del ateísmo, les ruego que excusen mi tardanza así como la de mi hija mayor Amina, que Alá me ha dado como ojos y consuelo. La sesión de apertura del Torneo

estaba señalada para la hora de nuestra tercera plegaria cotidiana. Como todo buen musulmán, debo servir a Dios antes que a los hombres. Por eso mi tardanza. Gracias por su comprensión.

En medio de un profundo silencio, se sentó. El público quedó conquistado por la prestancia, la fe y la autoridad del hombre, como acababa de serlo por la luz y la discreción de su hija. En cuanto al Rey, no terminó su discurso. Farfulló algunas palabras de agradecimiento. Algunas estaban dirigidas en especial al Sabio, a quien el Rey entregó oficialmente la presidencia del Torneo.

Presentación de las pruebas del Torneo

-Señoras y señores -empezó el Sabio-, vamos a vivir momentos históricos y decisivos para nuestro país, y aun para la humanidad. Después de estas justas, vamos a decidir si queremos, sí o no, una religión para nuestro pueblo, y, si es así, cuál. Esto es lo que pedimos a los participantes: deben presentarnos en un lenguaje claro, comprensible y convincente el contenido de su religión. Agradezco también al profesor Tannier su presencia aquí. Su papel es hacer que prestemos atención a críticas importantes y fundamentales que podrían escapárseles. Vamos a proceder de la manera siguiente: cada uno, por turno y después de echarlo a suertes, deberá presentar el fundador y los fundamentos de su religión, un texto capital de su tradición y una parábola significativa. Después de cada presentación, los otros competidores, si lo desean, podrán tomar la palabra e interpelar al que acaba de expresarse. Según el tiempo del que dispongamos, el público también tendrá derecho a intervenir. Al final de todas las presentaciones, el jurado y el Rey deberán decidir qué religión o visión del mundo será adoptada por nuestro país. ¡Que empiece el concurso!.

La orquesta tocó el estribillo del himno del Gran Torneo. Durante ese tiempo se procedió a sortear los turnos. Alain Tannier fue designado el primero; le tocó el temible privilegio de abrir el fuego.

Aprovechando ese momento de transición, el Bufón se volvió hacia el Sabio y le deslizó al oído:

-Excepto la bonita musulmana, que en cualquier caso deberá callarse, no hay ninguna competidora. Creía que las mujeres eran más religiosas que los hombres. Pero, cuando se trata de hablar, siempre se expresa la misma mitad.

-Bien visto, señor Bufón -replicó el Sabio.

-Sabes que tengo razón. Pero felizmente Eloísa está aquí para reforzar la presencia femenina en el estrado.

Luego, con mucho afecto, el Bufón acarició el cuello de su tortuga.